LA PRUEBA CAPRICHOSA.

COMEDIA

EN DOS ACTOS,

IMPRESA EN INGLES SIN EL NOMBRE DEL AUTOR:

TRADUCIDA EN FRANCÉS

POR MADAMA RICCOBONI;

Y DEL FRANCES EN CASTELLANO

POR

DON FRANCISCO DE PAULA NARANJO.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

El Coronel d' Herby, *Sr. Antonio Ponce.*

El Mayor Belford, *Señor Alexandro Aguirre.*

Prattle, Médico, *Señor Josef Oros.*

Emilia, *Sra. Mariana de la Bermeja.*

Isabel, su hermana, *Señora Rosa Garcia.*

Matilde, Francesa, *Sra. Joaquina Briones.*

Un Lacayo, *Señor Santiago Casanova.*

La Scena es en Londres en casa de Emilia.

ACTO PRIMERO.

SCENA PRIMERA.

Salon en casa de Emilia: Matilde en trage de hombre, y Emilia con una carta en la mano.

Emil. La recomendacion de mi hermano es muy poderosa para conmigo. Serénese vm., señorita, y cuente en todo con mis facultades.

Mat. Disimule vm. mi turbacion, señora. ¿Cómo podré sin una confusion extrema ponerme en presencia de vm. con un disfraz como éste?

Emil. Sosiéguese vm. El ayre de vm. y sus modales me anuncian que todas sus acciones pueden fácilmente justificarse. Por ahora no pretendo que vm. me informe de las particularidades de su historia: aguardo á mejor ocasion, quando se halle vm. mas tranquila.

Mat. ¡Ah, señora! mi propio interés me obliga á comunicárselas. Yo me llamo Matilde, y soy hija de un médico Francés establecido en Bela-isla. Durante el último sitio un Oficial Inglés fué peligrosamente herido; y mi padre, despues de la capitulacion, le recibió en casa para prestarle sus

auxîlios mas de cerca. El estado del Extrangero, su ayre noble, el mérito de su persona...

Emil. Aviváron sumamente en vm. la compasion. Cosa muy natural. Prosiga vm., señorita, que ya este principio vá granjeándola mi inclinacion.

Mat. La proporcion de verme todo el dia hizo que el Oficial encontrase agradable mi trato. Yo habia pasado en Inglaterra los primeros años de mi vida, y así podia entenderle y contextarle en su lengua nativa. Deseando vivamente mi amante juntar su suerte con la mia, descubrió sus sentimientos á mi padre, y le rogó que nos uniese. Pero, ¡ay! mi padre estaba poseído de estas preocupaciones tan comunes á una y á otra nacion; despreció las ofertas del Extrangero, le echó de casa, y me mandó que le olvidase. ¿Pero esto estaba en mi arbitrio? ¡Ah! ¿cómo era posible que le borrase yo de mi memoria quando nos unian ya las promesas mas solemnes?

Emil. Situacion verdaderamente penosa... Pero, disimule vm. mi curiosidad: ¿puede saberse el nombre del Oficial?

Mat. Tenga vm. la bondad de no instarme mas sobre este particular. La prudencia, no sé qué temor, la vanidad tal vez me persuaden á no des-

cubrir el nombre de mi amante, en tanto que él mismo no me asegura la constancia de sus sentimientos. Su hermano de vm. sabe...

Emil. Basta, señorita: no puedo ménos de aprobar esa reserva: mas pienso que no tendrá vm. fundamento para creerse olvidada ó desdeñosa.

Mat. No: ¿pero un corazon tierno y apasionado puede jamas estar sin inquietud?

Emil. Continúe vm., señorita.

Mat. El Oficial Inglés fué llamado á su patria por las órdenes de sus Xefes; partió penetrado de dolor, y me dexó sin consuelo. Una nueva afliccion vino entónces á colmar los pesares que me causaba su ausencia; mi padre me instaba fuertemente en favor de otro, y me reducia á la desesperacion: mi pasion, la inflexîbilidad de mi padre... me avergüenzo de confesarlo... Extraviada léjos de mí misma, echando el deber y la razon en olvido, conducida por mi amor únicamente me arresté á huir, y abandoné la casa de mi padre. Salí sin contratiempo de Bela-isla; y me embarqué en un buque Inglés que me conduxo á Portsmouth donde creía yo encontrar á mi amante, segun me lo habia asegurado en sus cartas. Discurrid ahora, señora, quál sería mi

confusion y desconsuelo al saber que tres dias ántes habia salido para el sitio de la Habana.

Emil. ¿El sitio de la Habana? ¡O Dios! este sitio me interesa vivamente. Pero siga vm.

Mat. Sola en un país extrangero, sin consejo, sin amigos, temerosa de las diligencias de mi padre, y expuesta á ser descubierta si averiguaba mi retiro, me pareció necesario ocultar mi sexô. Mi timidez y mi inquietud llamáron la atencion de su hermano de vm. y sospechó mi disfraz. La dulzura de su carácter y sus arregladas costumbres me inspiráron confianza, y no me detuve en descubrirle los motivos de mi residencia en Inglaterra. El entónces, amigo de mi amante, compadecido de mis penas, y concibiendo mis temores, tuvo la generosidad de dirigirme á vm., señora...¿Se dignará vm. en obsequio suyo dispensar su proteccion á una jóven imprudente y desgraciada?

Emil. No burlaré yo ciertamente sus esperanzas ni las de vm. Cuente vm. en todo con mi amistad y mis oficios: su situacion de vm. me compadece, y nada omitiré para suavizarla.

Mat. Voy prontamente á dexar este trage: él me ha traído con la mayor inquietud, desde el ins-

tante en que su hermano de vm. me hizo conocer con quánta facilidad podia ser descubierta.

Emil. Luego que haya vm. tomado el que conviene á su sexô, mi casa la servirá de asilo; y mi hermana y yo unirémos nuestros esfuerzos para hacerlo agradable.

Mat. Señora, la bondad de vm...

Emil. Cese vm. ya de afligirse; y que tenga yo el gusto de verla ménos melancólica.

Mat. A su lado de vm. no podré dexar de estarlo ménos. Permítame vm. que me retire un momento para ponerme en estado de volver delante de vm. con mas decencia.

Emil. Sí; mas entretanto no consiento en privarme de la satisfaccion de ver á vm. Yo tengo gentes; y las visitas de vm. no serán reparables. Venga vm., si gusta, á comer conmigo.

Mat. Acepto con mucho gusto el favor de vm.: á Dios, señora.

Emil. A Dios, por dos horas á lo mas.

SCENA II.

Emilia sola.

Emil. Tierna y desgraciada jóven: la compadezco

en verdad. Creía yo que nadie podia compararse á mis inquietudes; pero en su situacion, ¡quánto mas crueles y pesadas que las mias serán sus penas!

SCENA III.

Emilia é Isabel.

Isab. Sea enhorabuena, Emilia: acabo de encontrarme á un Militar el mas galan... Pero qué, ¿tan pronto le favoreces con una conferencia privada? ¿una conversacion tan larga á la primera visita?

Emil. Formalmente, hermana: ¿qué tal te parece? ¿te ha gustado?

Isab. ¡O! de ningun modo. Los ojos baxos, el ayre tímido, el andar sosegado, la continencia modesta, las manos blancas y sin pelo de barba. Y bien, dime, ¿por quién has conocido á ese pulido juguete?

Emil. Por nuestro hermano: es un regalo que te hace.

Isab. ¿Regalo, y para mí? ¿Qué quieres decir con eso?

Emil. ¿No te ofreció Jorge al despedirse que se acordaría de tí?

Isab. ¿Y qué?

Emil. Ahora cumple su palabra, y te envia á este lindo muchacho para que lo hagas tu marido.

Isab. ¡Marido! muñeco querrás decir.

Emil. No tal, Isabel; si es un guerrero, un discípulo de Marte.

Isab. ¿Guerrero? quita allá; es prodigar demasiado ese nombre el dárselo á estos entecillos afeminados: ¿lo merecen ellos por ventura? Yo, hermana mia, quiero un Militar que sea capaz de amarme; de protegerme, y aun de imponerme respeto si fuese menester. Si tuviera yo por marido á este delicado juguete, le colocaría en mi gabinete entre las figuras de china, encargando mucho á mis criadas que no llegasen á él, no sea que se quebrase.

Emil. Si piensas de ese modo, no sé cómo has de componerte con mi hermano. En fin, toma la carta, léala; y encárgate de contestarle.

Isabel leyendo alternativamente alto y baxo.

Isab. "La persona que te entregará ésta, mi que»rida Emilia, es una señorita jóven." ¡Una señorita jóven! ¡bueno! ¡bueno! ¡qué maliciosa eres hermana! "cuyo estado es digno de tu compasion; »la recomiendo á tu proteccion, y cuidado. No

»la hagas muchas preguntas; pronto estaré de »vuelta, y te instruiré." Que me maten sino es ésta alguna de sus queridas.

Emil.. No; me consta lo contrario. Es una Francesa, que se llama Matilde: sus aventuras son un poco romancescas: amaba á un jóven Inglés, que se halla ahora en el sitio de la Habana...

Isab. ¿De la Habana? me lisojéo que no será el Coronel de Herby.

Emil. Si el Coronel se hubiese hallado en la toma de Bela-isla, no dexaría ya de estar con cuidado

Isab. ¿Qué me has de dar si te doy noticias de él?

Emil ¡Noticias! ¿de quién?

Isab. Del Coronel de Herby.

Emil. ¿Qué dices?

Isab. Acabo de recibir un billete.

Emil. ¿Billete? ¿de quién? ¿de dónde? ¿de qué parte?

Isab. ¡Ah! ¡qué conmocion tan agradable!

Emil. Isabel, mi querida hermana, dime por Dios.

Isab. Miéntras estabas tú con la Extrangera, vino un criado del Mayor Belford, y me dexó una carta para tí; y yo me he tomado la libertad de abrirla.

Emil. Pues bien, dámela pronto; ¿dónde está?

¿qué has hecho de ella?

Isab. Vamos, sosiégate: no contiene cosa particular. El Mayor te besa los pies, y pide permiso para visitarte á mediodia de parte del Coronel.

Emil. ¿De parte del Coronel? ¡O Dios mio! ¿de su parte? ¿por qué no viene él mismo? ¿qué quiere decir? ¡O cielo! yo me muero de temor.

Isab. Vaya tú no lo entiendes. Este recado solo quiere decir que el Coronel no ha llegado todavía.

Emil. ¡Ay hermana mia! tambien puede significar mil accidentes terribles y funestos.

Isab. Nada de eso. Si el Coronel hubiese muerto, ¿cómo el Mayor habia de pedir permiso para visitarte de parte suya?

Emil. ¿Pero no puede haberle sucedido alguna desgracia? ¡Ay hermana mia! es mucha fatalidad amar tiernamente á un hombre cuya vida sin cesar está expuesta... tal vez algun acontecimiento imprevisto... ¡O! Dios me libre...

Isab. No te atormentes de ese modo; ni te estés alimentando de idéas tan lúgubres. Yo no te puedo perdonar esas flaquezas. Pero al fin, pongámonos en lo peor. ¿En qué puede venir á parar todo? en un amante mas ó ménos. En tu edad, esta es una pérdida que se repara fácilmente.

Emil. Vaya, yo creo que estás loca. ¿Es esta ocasion de chancearte? algun dia pagarás esas burlas bien caro. ¿Esperas conservar siempre esa indiferencia de que te envaneces? pues te engañas; tú tambien amarás, tú dexarás de ser insensible; y quando una pasion desinteresada, pura, verdadera señoree tu alma, entónces sí que experimentarás, que sin el objeto amado no hay en la vida ni placer ni felicidad.

Isab. Verdaderamente, Emilia, que no puedo ménos de admirarte. ¿Ni placer ni felicidad sin el objeto amado? Vaya, que no es tu amor tan romancesco. Has hecho eleccion de un hómbre bien parecido, gallardo, sensible, de un natural dulce, rico, estimado en el mundo, y distinguido en su clase. Todas las jóvenes te envidian tu conquista; y vienes ahora con ese ayre de gazmoña hablándonos de una pasion pura y desinteresada.

Emil. Pues bien, Isabel: si ese hombre se viese ahora abandonado de sus amigos, perseguido por la suerte, privado de los dones de la naturaleza y de los favores de la fortuna, le preferiría con todo eso al primer grande del reyno.

Isab. Qualquiera enmedio de la abundancia imagi-

na que sufriría fácilmente las privaciones que se presentan entónces en cierta lejanía. Los amantes discurren que la felicidad á que estan acostumbrados iría con ellos aunque fuese á un desierto: mas, mas...

Emil. Creeme, Isabel; si en él no la encontraban, tampoco enmedio del mundo hubieran sido felices. Lo repito, quando una vez se llegó á entregar el corazon, ningun acontecimiento, circunstáncia ninguna puede autorizar para volver á tomarlo. Me despreciaría á mí misma, si me creyese capaz de una perfidia semejante.

Isab. Mucho decir es, hermana mia.

Emil. Pues digo mucho ménos de lo que pienso.

SCENA IV.

Las mismas y un Criado.

Criad. Señora, el Mayor Belford.

Emil. Que pase adelante. ¡Ay hermana mia! el susto nó me dexa respirar.

El Criado se marcha.

SCENA V.

Belford y dichas.

Belf. Señoras, á los pies de vms. Me alegro de hallar á vms. con salud, y tan bellas y amables como siempre.

Isab. Nos alegramos de que haya vm. llegado con felicidad: mas denos vm. quanto ántes noticia de su amigo: ¿cómo lo pasa el Coronel?

Belf. Bien, señoras; muy bien: pero...

Emil. ¿Pero qué? Mayor; nada es capaz de explicar mi sobresalto: ¿se halla en Inglaterra?

Belf. Sí, señora.

Emil. ¿Y en Londres?

Belf. Sí, señora.

Emil. ¿Y por qué me priva del gusto de verle?

Belf. Dentro de un instante le tendrá vm., señora.

Emil. ¡Ah! yá respiro.

Isab. Ya ves, Emilia...

Belf. El Coronel ha querido... ha juzgado necesario: me ha rogado que me anticipase para prevenir á vm.

Emil. ¿Para prepararme? ¡ó Dios! ¡prepararme! ¿y á qué?

Belf. A verle, señora: á no alterarse demasiado á su primera vista.

Emil. ¡Alterarme! vm. me asusta mas á cada instante. ¡Ay! ¿qué ha sucedido?

Belf. Nada: casi nada; una friolera.

Emil. ¿Será acaso?...

Belf. Un acontecimiento el mas natural: un favor de Belona: la fortuna de la guerra como dicen los Franceses: en una palabra, señora...

Emil. ¡Qué tormento! acabe vm. de explicarse por todo aquello que mas ama.

Isab. Vaya, hable vm. Mayor; ¿á qué viene el tenernos suspensas?

Belf. Bien conocen vms. el valor del Coronel. Se expuso animosamente; salió con felicidad de muchas acciones, pero no es posible tenerla en todas: ahora últimamente en el sitio de la Habana...

Emil. ¿Qué, señor?

Belf. Recibió varias heridas, y una ó dos de ellas han tenido conseqüencias desagradables.

Emil. ¿No acaba vm. de decir que está bueno?

Belf. Al presente sí, señora.

Emil. ¿No hay temor de que las heridas pongan su vida en riesgo?

Belf. No señora, de ningun modo; se lo aseguro á vm.

Emil. Continúe vm., Mayor.

Belf. Como decia; sus dos heridas mas peligrosas... Por Dios, señora, no se altere vm.

Emil. ¡Ah! no quiera vm. tenerme en esta penosa incertidumbre. Las dos mas peligrosas...

Belf. Son en la cara y en la rodilla.

Emil. ¡O cielos!

Belf. La una le ha privado de un ojo, y la otra le ha reducido á la necesidad de salvar su vida con la pérdida de una pierna.

Emil. Yo me muero.

Isabel sosteniéndola.

Isab. ¡Pobre Emilia! no ha podido resistir á la violenta agitacion de su alma ¿Por qué la ha anunciado vm. tan de repente esta desventura?

Emil. Temí causarla una inquietud excesiva: y al cabo ¿no era preciso prepararla ántes que viese al Coronel?

Emilia llorando.

Isab. ¿Ha perdido, dice vm., una pierna y un brazo?

Belf. Un brazo no; aguarde vm.: no es un brazo, sino un ojo.

Emil. ¿Un ojo? peor todavía. ¡Pobre d' Herby!

Belf. Es muy digno de lástima sin duda. ¿Pero en fin no era forzoso sacrificarlo todo á la conservacion de la vida? ¿No se da vm. por contenta de que la haya conservado?

Emil. Se han conservado sus dias, respira, vive; vm. tiene razon: me debo tener por muy dichosa. ¡Desventurado d' Herby! ¡Ay! ahora la compasion debe juntarse á la ternura, y unirme mas estrechamente á él.

Belf. A la verdad, señora, no está muy mal; mucho mejor acaso que vm. se lo figura en su idéa. Con el auxîlio de una cinta negra su rostro está muy poco desfigurado; y se ha puesto en lugar de la suya una pierna de resorte, colocada con tanto artificio, que fuera de una ligera irregularidad en el andar, no se nota mutacion alguna en su persona; y le aseguro á vm. que esta desgracia no ha alterado ni su salud, ni su buen humor.

Emil. Vm. me anima: nada es mas capaz de consolarme. Pero su cuerpo era tan gallardo... sus ojos tan bellos, tan brillantes, tan llenos de calor, de sentimientos... ¡Ah señor! ¡qué pérdidas!

Belf. Grandes son á la verdad, pero él no muestra sentirlas mucho. En vez de afligirse de su esta-

do, se gloría de él. Quando vm. le vea, conténgase vm. señora, detenga sus lágrimas, y tome un ayre firme y entero. Si vm. le dexa percibir todo su sentimiento, será causarle mucho pesar, y aun avergonzarle.

Emil. ¡Pobre Coronel! Conozco su sensibilidad. Es menester contemplarle y aun ocultar mi dolor. Me costará mucho, pero no importa; emplearé todos mis esfuerzos para convencerle de que le amo. El exîste, él vive: ¿no basta esto para consolarme de todo lo demas?

SCENA VI.

Un Criado y dichos.

Criado. El Coronel d' Herby, señora.

Emil. ¡O Dios mio!

Isab. Procura serenarte ántes...

SCENA VII.

El Coronel d' Herby, Belford, Emilia é Isabel.

Herby. Mi amable, mi querida Emilia, ¿es posible que vuelvo á ver á vm.?

El Coronel trae un ojo cubierto con una cinta negra; y arrastra una de sus piernas remedando muy al natural el modo de andar de un cojo, que lleva pierna postiza.

Emilia le mira, y exclama.

Emil. ¡O d' Herby!

Herby. Despues de una larga y penosa ausencia tengo al fin la satisfaccion de volverme á ver á su lado de vm. Con una mano ya prometida la traigo un corazon apasionado y sincero. Por lo que hace á lo demas de mi persona, bien vé vm. el caso que hago. *A Isabel.*

Señorita, me alegro de ver á vm. ¡O Emilia! ¡mi querida Emilia!

Emil. ¡O d' Herby!

Herby. ¿Qué veo? ¿vm. llora?

Isab. No debia vm. haber venido tan pronto. Apenas habia vuelto en sí del primer golpe que acaba de recibir.

Herby. Mi impaciencia no me permitió diferirlo mas. Pero qué ¿llora vm., Emilia? ¿es que siente vm. el volverme á ver?

Emil. Sí; siento el verle á vm. tan desgraciado.

Herby. ¡Desgraciado! ¿habla vm. de veras? He

conservado mi vida consagrada á amar á vm., no he perdido ni mi ternura ni mi alegría.

Emil. Me alegro que haya vm. conservado su vida.

Herby. Lo creo; no puedo dudarlo. Pero míreme vm., mi amada Emilia: ¡Ah! vm. vuelve los ojos; no se atreve á fixarlos en un pobre Militar mutilado. ¿Esta ligera mutacion de mi persona hará en vm. una impresion capaz de alterar sus sentimientos?

Emil. Jamas, Coronel, jamas. La sensibilidad que muestro por las desgracias de vm., no es ciertamente una señal de indiferencia.

Herby. ¿Mis desgracias, señora? no dé vm. ese nombre á los gloriosos indicios de una noble profesion. ¿Un Militar podrá afligirse de mostrar los testimonios de su esfuerzo en estas honrosas señales de su profesion y valor? Le aseguro á vm., Emilia, que no trocaría esta pierna, que he debido al socorro del arte, por la mas bella de todo el reyno.

Emil. ¿Es posible que una desgracia tan grande le haga á vm. tan poca impresion?

Herby. ¿Y por qué le ha de hacer á vm. tanta? ¿Es por ventura mi amor ménos ardiente y ménos tierno? Aun quando hubiese perdido la mitad de

mi cuerpo, me tendría aun en mas que tantos jóvenes fatuos como abundan en la corte y en la cindad. Estos son como unas plantas endebles, que nadie se atreve á tocar temeroso de marchitarlas: pero de una encina robusta y elevada puede desgajarse un ramo sin peligro de dañar al tronco; el xugo de que su corazon está lleno, repara bien pronto las pérdidas, y le restituye toda su lozanía.

Emil. ¿Pero no queda alguna esperanza? Es menester consultar á los facultativos mas hábiles, y no omitir diligencia alguna... ¿Está vm. seguró de que ese ojo se haya perdido absolutamente?

Herby. Sí; señora; perdido sin remedio. ¿Qué importa? otro me queda; y todos me aseguran que veré con él mas claró.

Isab. ¡Graciosa reparacion!

Emil. ¡Ah! no puedo mirarle sin el mas vivo dolor.

Isab. ¿En qué accion quedó vm. tan maltratado!

Herby. En el castillo de la Habana: el ataque fué vivo; por las dos partes se combatió con ardimiento. De veras que he sentido al pobre Velasco; morir como él, es vivir para siempre: ¿no envidias tú su suerte, Mayor?

Belf. Estoy contento con la mia, Coronel.

Isab. Tiene razon.

A Emilia.

Me parece que estás muy abatida, hermana: ¿cómo te hallas?

Herby acercándose á Emilia.

Herby. Consuélese vm., querida mia, consuélese vm.: se lo suplíco por nuestro amor.

Emil. Cruel guerra, azote del género humano; ¡quántas lágrimas haces derramar!

Herby. Y bien; ¿sin ir á la guerra no está qualquiera expuesto á mil accidentes los mas desagradables? ¿Podia ser muerto en un desafio, romperme la cabeza en la caza, ponerme gotoso, valdado; que sé yo. No se afliga vm. mas, ó me hará en efecto muy desgraciado.

Emil. ¿Dexar de afligirme? eso no es posible. Pero esté vm. cierto de que mi estimacion hácia vm. no se ha disminuído en lo mas mínimo.

Herby. Mi estimacion hácia vm.: ¡qué lenguage tan frio! ¡Ah mi querida Emilia! no me tenia vm. acostumbrado á él.

Emil. ¿Y estoy yo en mí por ventura? Bien vé vm. mi alteracion: yo no me siento buena; permítame vm. que me retire.

Herby. No intento detener á vm.; pero ántes de

dexarme, señale vm. el dia de mi felicidad. Diga vm., querida mia, ¿quándo se dignará asegurar mi ventura con el precioso don de su mano? Me mira vm., suspira, calla. ¡Ah! hable vm. sin reparo. El amor hace milagros; y á pesar del estado en que me veo, tal vez animado por la alegría, podré baylar en mi boda.

Emil. ¡Válgame Dios! ¿tiene vm. humor para chancearse? Pero yo estoy mala: acompáñame, mi querida Isabel.

Isab. Voy al instante á suministrarla los socorros que necesita. No la estreche vm., Coronel; déxela vm. tiempo para serenarse y volver en sí.

Herby. Sea enhorabuena, señora. El cuidado de vm., y la reflexîon tranquilizarán su alma: unirémos despues nuestros esfuerzos, y espero que lograrémos consolarla. A Dios, amada Emilia, á Dios por algunos momentos.

Emilia sale apoyándose en su hermana.

SCENA VIII.

D' Herby y Belford.

Herby. Y bien, Belford, ¿qué piensas de su llanto? ¿podrá resistir esta prueba?

Belf. Qué sé yo; mucha dicha será que la resista, y á fé mia que no lo mereces: á no ser porque temo que perdieses el juicio, desearía que te dexase.

El Coronel toma su ayre y postura natural.

Herby. ¿Con que ello tú no puedes aprobar mi modo de manejarme? ¿pues qué encuentras en él de tan irregular?

Belf. Todo; ya te lo he dicho. Tu proyecto es ridículo, tus idéas absurdas; es positivamente jugarte una pieza á tí mismo, y segun todas las apariencias, vas á perder el corazon de una muger muy amable.

Herby. Esta delicadeza excesiva...

Belf. Te causará muy bien un arrepentimiento muy amargo. Bien sabes que yo amo y soy correspondido; ni el tiempo, ni la ausencia, ni los inconvenientes desalientan mi corazon, ni entibian mi cariño: tú mismo eres testigo de mi constancia y fidelidad; pero si á mi querida le ocurriese el capricho de turbar los dulces momentos de nuestra reunion por una experiencia de mis sentimientos semejante á ésta, te aseguro que la saldría muy mal; desde el mismo instante dexaría de amarla. Te lo digo una y mil veces, Coronel; te expo-

nes á hacerte infeliz.

Herby. No, Belford: esta prueba afianzará mi felicidad. Antes de unir para siempre mi suerte con la de una compañera, quiero asegurarme de que no habrá acontecimiento capaz de privarme de su ternura.

Belf. Por vida mia que no hay paciencia para escucharte ¿De qué nacen tus dudas? quando todo concurre á convencerte de que esta amable jóven siente hácia tí la pasion mas viva y mas sincera.

Herby. Acaso será así; pero ignoro todavía sobre el qué basa está fundada esta pasion.

Belf. Sobre su locura, creo yo.

Herby. Hablo seriamente, Mayor.

Belf. Hablas ridiculamente, Coronel.

Herby. No conseguirás persuadirme. Pretendo ser amado independientemente de los dones de la naturaleza, y de las ventajas de la fortuna; quiero ser amado por mí mismo; quiero estar seguro de que privado de atractivos y de bienes, de empleos y dignidades, Emilia pretendida por otros muchos, no se detendría en preferirme á los mas ricos, los mas amables y los mas distinguidos.

Belf. Vé ahí el discurso mas admirable, la metafi-

sica mas delicada que en toda mi vida he oído; la habrás sin duda aprendido en el curso de tus expediciones sobre las costas de Francia, porque los Ingleses no se alimentan jamas de semejantes visiones. Con que ello tú quieres inspirar sentimientos desnudos de todo interés personal; ¡cosa en verdad admirable! si es que yo comprehendo tus idéas, tú pretendes que tu querida te ame por amor de tí solo, y no por amor de sí propia ¿No es esto?

Herby. Eso es precisamente.

Belf. Pues bien, amigo: es una pretension ridícula.

Herby. ¿Cómo?

Belf. Lo que tú quieres, es imposible. Emilia no puede pensar de esa manera: tus pretensiones son extravagantes, y fuera de la naturaleza de las cosas.

Herby. ¿Y podrás probármelo?

Belf. Con mucha facilidad. Bien sabes que soy tu amigo. ¿Pero de qué nace esta amistad? De la satisfaccion de vivir con un sugeto apreciable, de un carácter igual, corazon honrado, costumbres irreprehensibles; nuestro natural y nuestros principios convienen, y así nuestra amistad nos hace felices. Si alguno se atreviese á atacarte, á costa de mi vida defendería yo la tuya: pero muda de

conducta, hazte despreciable, falta á lo que debes al honor; y si entónces te atreves á llamarte amigo mio, al otro dia te rompo la cabeza.

Herby. Yo lo creo, Mayor. Pero al fin, si mi querida no me ama por mí solo, ¿cómo podré estar seguro de que otro no la inspire los mismos sentimientos?

Belf. En nombre de la sana razon, si alguna te ha quedado, te pido que me digas, ¿quién es ese diablo de *tu solo*, de que tanta cuenta haces? ¿Tus qualidades naturales y adquiridas no componen tu sér? ¿Esa figura atractiva que no descuidas, el ingenio, las habilidades, la nobleza, los bienes, y una reputacion sin mancha, no forman ese todo que llamas *tu mismo*? Esas prendas que realzan el mérito de tu persona han inspirado á Emilia unos sentimientos, que tu amor, tus obsequios, y el trato han hecho preciosos y habituales. Ella ama en tí... ella te ama: con esto se dice todo.

Herby. Despacio, Mayor, que no nos entendemos: me explicaré. Todo aquello que puedo perder sin dexar de exîstir, no es precisamente yo. Afeado, destruído, sordo, mudo, baldado exîstiría aun, no sería semejante al que soy; pero con todo eso

sería el mismo, y quisiera ser amado y amado como ántes.

Belf. ¿Es posible que delires de esa suerte? Eso es lo mismo que si despues de haberme presentado una rica tela de la India, le quitase el mercader las flores, la despojase de los bordados, y quisiese obligarme á comprarla, sosteniendo que el fondo era él mismo.

Herby. Amigo, no me hace fuerza. El matrimonio es un estado penoso ó agradable, y no se puede reflexîonar bastante ántes de empeñarse en él. Para prevenir los disgustos y las inquietudes á que nos expone, es menester por lo ménos asegurarse bien del amor y felicidad de la compañera que se elige.

Belf. Bueno, bueno; el matrimonio es un juego de suerte, en el que tanto se debe á la fortuna como á la prudencia. Yo me guardaría muy bien de casarme con una coqueta, una gazmoña, y ménos tadavía con una que padeciese flatos; y á pesar de todas mis precauciones acaso mi muger tendría luego todos estos defectos. Creeme, amigo; el carácter está sujeto á tantas alteraciones como la salud.

Herby. Ese inconveniente nadie puede evitarlo.

¿Pero quándo he de experimentar el corazon de Emilia, si no lo hago ahora? ¿aguardaré al tiempo en que tenga mas interés en engañarme? Despues de casado será preciso alejar toda sospecha, y contribuir yo mismo á alucinarme; una felicidad que deriva del error su orígen, podrá satisfacer á un hombre vulgar; pero á tu amigo, Belford, á tu amigo... Pero, ola: ¿quién viene? Sería bueno que me descubriesen...

SCENA IX.

D' Herby, Belford y Prattle.

El Coronel vuelve á tomar con su postura y movimientos la actitud de un cojo.

Prat. Servidor de vms., señores: acabo de recibir una noticia muy sensible. La señora de casa está indispuesta, muy desazonada: han ido á buscarme, y me han rogado que viniese al momento: hoy por la mañana tengo quarenta visitas que hacer, y todas urgentes; pero he venido volando á socorrer á la amable Emilia. En verdad, Mayor, me alegro sinceramente de vuestro feliz regreso. ¿Quién es este caballero Oficial? ¿tengo el honor de conocerle?

Belf. Creo que no: es un amigo mio, que ha salido un poco maltratado de la campaña.

Prat. Fructus belli, Mayor, *fructus belli*: sin ir á la guerra, se experimentan cada dia los accidentes mas funestos. Ayer, Milord Kelter, uno de los Pares mas antiguos del reyno, y sin lisonja el mejor cochero de Londres, ¿no se rompió la cabeza al baxar de su misma berlina?

Herby á Belford.

Herby. Procura auyentar de aquí á este impertinente hablador.

Belf. La enferma aguarda con angustia vuestros socorros, señor Prattle; acuda vm., vaya vm. sin detenerse.

Prat. Tiene vm. razon, voy al instante.

Herby. Gracias á Dios.

Prattle vuelve, y dice:

Prat. Al propósito, señores, saben vms. la noticia...

Herby. Todavía...

Belf. No sé nada.

Prat. Lo creo: muy pocos lo saben. Es un secreto.

Belf. Pues siendo así, no quiero saberlo.

Prat. Pues yo sí quiero confiárselo á vm. conozco su discrecion, y un amigo de vm. no puede serme sospechoso.

Belf. No, no; no nos confie vm. nada.

Prat. Perdone vm., Mayor, que se lo he de decir.

Belf. Pero la enferma...

Prat. Al instante la pongo buena. Sepan vms. que ayer tarde... Cuidado con no sacarme por texto. Lady Julia, esta viuda rica casó con aquel jóven Irlandés, buena pieza, bien hecho... ¡Ah! vms. le conocen: ha hecho tanto ruido, se ha hablado tanto de él...

Belf. Que me maten si sé quien es.

Prat. ¡Qué! no conoce vm. otra cosa. Es aquel á quien sucedió aquella ridícula aventura con la señorita, señorita... ayúdeme vm., no se me ocurre su nombre. ¿Qué? ¿no se acuerda vm.? la mas linda muchacha de Inglaterra, sobrina de Milord, Milord: ¡ó Dios mio! ese Lord que hizo un casamiento tan extravagante, cuya viuda tuvo aquel ruidoso pleyto... por vida mia, la hermana de aquel Duquecito afeminado que se moria de flatos... ¿ha caído vm.?

Belf. Ménos que nunca.

Herby. ¡Qué relacion insoportable!

Prat. Señorita, señorita... ya me ocurrirá su nombre; volvamos ahora á Lady Julia. Sus amigos es-

tán indignados, sus parientes furiosos; y á fé mia que el caso está pidiendo justicia. ¿Pues qué? ¿estos aventureros han de venir impunemente á robar las solteras, enamorar las viudas, y seducir las casadas? ¿y qué diablos nos dexan á nosotros que hacer?

Belf. Dice vm. bien, Doctor: es un atentado contra nuestros derechos y nuestras libertades, y el gobierno debería tomar providencia.

Prat. Bueno vá: ¿pues se halla en las dos cámaras ni un adarme de sana razon? Ahora que hablamos de gobierno, ¿qué dice vm. de la mutacion de Ministros? De mal en peor: ¿no es eso? Bien sabrá vm. por qué influxo...

Belf. Yo acabo de llégar, nada sé, y nada quiero saber. La enferma perderá la paciencia; el tiempo es precioso, y yo no le tengo para escuchar á vm. mas.

Prat. Vaya vm. enhorabuena, Mayor: á bien que volverémos á vernos, y hablarémos. Me gusta su conversacion de vm.: habla vm. como un ángel. Voy á ver á la señorita Emilia. Su amigo de vm. es un hombre singular: mas quede vm. con Dios.

Se va, vuelve, y dice.

La señorita Hasting. ¡O! bien sabía yo que me

habia de acordar: sobrina de Milord, Milord... voy á pensar en ello allá dentro.

Belf. ¡Y qué importa!

SCENA X.

Belford y d' Herby.

El Coronel vuelve á su situacion natural.

Herby. Vaya con mil diablos el hablador importuno. ¿Pero tan mala está Emilia? ¿Será posible?

Belf. Deberías morirte de vergüenza de causarla tantas pesadumbres.

Herby. Yo sabré resarcírselas. Por vida mia que me irrita que sea su médico este miserable Prattle; es capaz de asesinarla con sus necias historietas.

Belf. Es un médico á la moda.

Herby. Gracias á Dios que no me ha conocido. Es una gazeta andante: lo mismo es confiarle un secreto á este majadero, que ponerlo en los papeles públicos. Pero vámonos pronto, no sea que ocurra otro contratiempo.

Belf. Mejor sería que entráras, lo confesases todo,

y pidieseis perdon. Mira lo que haces; d' Herby; tal vez te arrepentirás quando ya no sea tiempo: teme que Emilia...

Herby. No te canses; ya estoy resuelto: si cede á la experiencia, soy perdido sin remedio: pero si resiste, seré feliz para toda mi vida.

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

Emilia en un sofá triste y abatida: Isabel á su derecha: Prattle al otro lado.

Isab. ¿Cómo estas, Emilia? ¿Me parece que te vas aliviando?

Emil. Un poco mejor me siento; gracias á tu tierno cuidado.

Prat. Mi específico; ¿no es así? ¿dónde siente vm. dolor todavía?

Emil. En la cabeza.

Prat. ¿En la cabeza? bueno. ¿Es el dolor violento?

Emil. Muy violento.

Prat. ¿Muy violento? bien va: ¿y la palpitacion?

Emil. Insoportable.

Prat. ¿Insoportable? perfectamente. No tenga vm. cuidado; entiendo la enfermedad, y sabré atajarla. Estas enfermedades de nervios son producidas por la humedad del clima; nada mas comun entre nosotros: todas nuestras damas lo padecen. Lady Arthur por poco se muere el otro dia. Lady Isabel está muy mala un mes ha: y la pobre señorita Carlota ha perdido el juicio.

Isab. Noticias muy consoladoras por cierto. Pero dígame vm. algo de la señorita Crompton: ¿Cómo está?

Prat. Enteramente buena. Con recetarle á Milord Cranford, se desvanecíéron todos sus males. Ocho dias hace que están casados; á ella le vá muy bien con el nuevo régimen; pero el novio, se dice, que recela una recaída.

Isab. ¿Es cierto, que Sir Jhon pasa al mediodia de Francia para restablecer su salud?

Prat. Que se vá no tiene duda; pero que su salud sea el motivo, eso es cuento. Sir John está tan bueno como yo; pero sus asuntos están en un atraso lastimoso. Sus acreedores le fatigan, le cercan, y le obligan á dexar su patria para buscar un cielo mas benigno.

Isab. ¿No te parece, Emilia, que es el Doctor un

sugeto muy divertido? Sabe las anédoctas mas secretas del lugar.

Prat. ¿Y cómo no las he de saber, señoras? Los primeros personages de la Corte me buscan; tengo sus casas abiertas, y disfruto de la mas alta consideracion. Todos se compiten en darme muestras de amistad, aprecio y confianza; no hay sugeto mas estimado, mejor tratado, mas bien quisto; pero tambien ninguno hay tan formal, tan mirado...

Isab. Ni mas modesto tampoco. ¿No sabe vm. nada particular del sitio de la Habana?

Prat. Nada, si no es el regreso de los Oficiales. Ayer encontré al Coronel d' Herby; y hoy he visto aquí al Mayor Belford con un amigo suyo, que está bien estropeado á la verdad.

Emil. ¡Ah! vm. no lo ha conocido: ese Oficial era el Coronel d' Herby.

Prat. ¿El Coronel d' Herby?

Isab. El mismo, Doctor.

Prat. Perdonen vms. señoras; que eso no puede ser. Yo conozco muy bien al Coronel, y el sugeto á quien he visto en tan lastimoso estado...

Emil. ¿Pues qué ignora vm. el terrible accidente?

Prat. ¿Qué accidente, señora?

Emil. Sus heridas, sus funestas heridas.

Prat. Por vida mia, señora, que yo he leído todas las listas de muertos y heridos; y el Coronel...

Isab. ¿Y qué importan las listas? Es cierto y constante que ha perdido un ojo y una pierna en el sitio de la Habana.

Prat. ¡Ah! ¡Dichoso d' Herby!

Isab. ¿Pierde vm. el juicio?

Prat. ¡Cómo por cierto! si ha hecho por allá estas pérdidas, es responsable al estado del secreto con que ha podido reemplazarlas, porque no se le conoce.

Emil. ¡Que no se le conoce!

Prat. Que me maten, señora, si el Coronel no tenia ayer tarde los dos ojos mas hermosos, y las dos piernas mas ágiles que en mi vida he visto. La facultad seguramente le pedirá su receta.

Emil. ¿Isabel, alcanzas tú?... ¿sería incierto?... ¿Qué seguridad tiene vm., Doctor?

Prat. El testimonio de mis mismos ojos, señora. Ayer ví llegar al Coronel á la puerta de My lady Portlad su tia; baxó de la berlina con mucho brio, y subió ligeramente la escalera: y la misma señora me ha dicho hoy, que nunca le ha visto tan bueno... Pero aguarde vm... vaya; ya caigo. ¡Ah!

por vida mia; la pieza es graciosa: ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡qué singular humorada!

Isab. ¿De qué se rie vm.?

Prat. Este Oficial con la cinta negra en el ojo... en el salon... por el otro lado me parecia conocerle. Vaya, vaya. ¡El Coronel disfrazado de este modo! ¡Y el Mayor cómo disimulaba! El lance es cómico. ¿No le parece á vm. muy gracioso?

Isabel haciendo que rie.

Isab. ¡O! y mucho. Pero si vm. quiere creerme, no diga vm. nada, Doctor: el Coronel tendrá sus motivos.

Prat. ¿Yo decirlo? ¡qué disparate! tocante al secreto, soy un Fracmason. Pero me retiro; me quedan veinte señoras que visitar hasta mediodia. ¡ó! á fé mia que las divertiré bien.-El pulso, señorita.-Este pulso está agitado: ¡mejor! así es como yo lo quiero. No salga vm. al ayre; observe vm. el régimen, y en pocos dias se hallará buena. Señoras, hasta la tarde.

SCENA II.

Emilia é Isabel.

Isab. Emilia.

Emil. Isabel.

Isab. Y bien: ¿qué piensas de tu amante?

Emil. Estoy tan descontenta, tan gustosa, tan enojada, tan satisfecha, que no sé si me queje ó me felicite, si castigue al Coronel, ó le perdone.

Isab. ¡Perdonarle! ¿tendrás tan poca firmeza y dignidad? El insufrible hablador de Prattle vá á esparcir este lance por todo el pueblo, y bien pronto será la noticia del dia. ¡Ah si tuviese yo un amante tan imprudente y atrevido que se burlase de mí, y osase engañarme de este modo, le despediría para siempre, y en mi vida le volvería á ver.

Emil. Ay, Isabel, si le amabas, ménos violentas serían tus resoluciones.

Isab. No: te lo digo: en mi vida. ¡Imprudente! venir con una ficcion tan propia para afligirnos; hacerte derramar lágrimas, y llenar tu alma de dolor. ¿Y con qué intencion? Con la de conocer toda la extension de su poder, satisfacer una necia y ridícula vanidad, alabarse de su victoria si resistes á esta prueba, y llenarte de baldones, tratárte de infiel y de perjura si reusas casarte.

Emil. Tienes razon; es un proceder chocante é indisculpable: ¡suponer una desgracia tan grande!

Pero, Isabel, considera, que ántes de haber oído á Prattle, hubiera dado la mitad de mi fortuna; ¡ah! la hubiera dado toda entera por cerciorarme de que esta horrible ventura no era mas que una suposicion.

Isab. ¡El Coronel d' Herby conducirse de este modo! Fondee vm. ahora á estos sugetos estimados, racionales, juiciosos, y hallará al fin que por algun lado son tan locos como los demas hombres.

Emil. Despues de todo, Isabel, este chasco me enseña á conocerme; y me descubre que tenia yo un concepto demasiado alto de mí misma: en verdad que comenzaba á sentir una extraña revolucion en mis sentimientos.

Isab. Bien te lo decia yo. ¿Pero has de perdonar al Coronel?

Emil. Me ha provocado tanto... Quisiera hallar un medio para vengarme, y castigarle.

Isab. Si yo fuera que tú, no me casaría en diez años.

Emil. ¡O! tú eres vengativa en exceso. Eso sería tal vez castigarme á mí misma.

Isab. Pues ello al fin es menester vengarse. ¿Cómo lo harémos? veamos, discurramos alguna invencion agradable que sea capaz de desesperarle.

Emil. Eso, eso es lo que yo quiero.

SCENA III.

Un Criado y las mismas.

Criado. Señora, el Capitan Johnson.

Emil. Que pase adelante.

SCENA IV.

Emilia é Isabel.

Emil. Ya estoy para recibir visitas. La agradable noticia del Doctor, me ha servido mas que todos sus cordiales.

Isab. Sí; ya estás buena: tus ojos han recobrado su viveza. Pero, hermana mia, tú eres fuertemente inclinada á los Militares, Mayores, Capitanes, Coroneles. ¿Quién es este Johnson?

Emil. Es el nombre supuesto de la Dama de Belaisla: como no tiene todavía vestidos de muger...

Isab. ¡Ah! me alegro: me ocurre una idéa feliz, Esta señorita puede servirnos de mucho.

Emil. ¿Cómo?

Isab. Para castigar al Coronel.

Emil. ¿De qué forma?

Isab. Haciéndola rival del malicioso d' Herby.

SCENA V.

Emilia, Isabel, Matilde con uniforme de Capitan.

Emil. Esta es mi hermana, señora; tengo el honor de ofrecerla á vm.

Isab. Me hallo informada de los infortunios de vm. y tomo en ellos el interés mas vivo.

Mat. ¿Cómo podré yo agradecer las bondades de dos hermanas tan generosas?

Emil. ¡Ah! señorita; desde que nos separamos he pasado crueles sobresaltos y aflicciones.

Mat. ¡Ay! ¿qué le ha sucedido á vm.?

Emil. El lance es tan ridículo, que me avergüenzo de contarlo.

Isab. Yo se lo diré á vm. en dos palabras. Emilia ama á un Coronel, jóven y de muy buena persona: ayer tarde llegó del sitio de la Habana, y ha traído la mas extravagante manía... Júzguelo vm. por sí misma. Para experimentar la constancia de Emilia, se ha presentado en casa en el estado mas deplorable, fingiendo haber perdido un ojo y una pierna en la campaña. Nosotras hemos des-

cubierto la impostura, y pretendemos vengarnos; pero nada podemos sin vm.

Mat. Dispongan vms. de mí como gusten; me tengo por dichosa en poderlas servir de algo. Pero yo intercedo por el Coronel; vm. le ama, no lleve vm. muy léjos su venganza.

Emil. Con vm. no es de temer que sea muy rigurosa.

Isab. ¿Querrá vm. contribuir á esta humorada?

Mat. Manden vms.; á todo estoy dispuesta. ¿Qué proyecto es el de vms?

Emil. Servirnos del disfraz de vm. para una agradable idéa: vm. parece muy bien en ese trage, y á mi hermana le ha ocurrido el pensamiento de darle zelos al Coronel, haciendo de suerte que tenga á vm. por un rival favorecido. ¿No es esto?

Isab. Eso es precisamente. Pero es necesario que muestre vm. firmeza y seguridad en su continente, y que tome el ayre de un amante satisfecho. Si lo hace vm. bien, hemos de desesperar al Coronel, y le hemos de hacer arrepentirse de sus astucias insultantes.

Mat. En otro tiempo me atrevería á prometerme á mi viveza y alegría el desempeñar bien un papel como éste: pero desde que estoy en Inglaterra,

la melancolía me oprime, y me hallo poco á propósito para servir á vms: ¿Pero cómo podré negarme á los deseos de vms.? haré quanto esté de mi parte para inquietar al Coronel.

Isab. El suceso pende principalmente de tí, Emilia: cuidado que no haya indulgencia ni debilidad, ni contemplacion; muéstrate fria, desdeñosa, altanera, picante: miéntras mas le ajes la vanidad, y le irrites, mas completa será la diversion.

Emil. No tengas cuidado: el conocimiento de su falsedad me infunde valor. Ahora verás si el amor ultrajado...

SCENA VI.

Un Criado y las mismas.

Criado. El Coronel d' Herby.

Emil. Que no se detenga.

Isab. Matilde, cuidado. Vamos, Emilia, ánimo: si te ablandas y muestras compasion, no mereces ser muger.

SCENA VII.

El Coronel, Emilia, Isabel y Matilde.

El Coronel se presenta cubierto el ojo con la cinta, y arrastrando artificiosamente la pierna.

Herby. Me hacen aguardar; entrar recado. ¿De quándo acá estas fastidiosas ceremonias? Ansioso de ver á vm., mi querida Emilia... mas perdone vm. creí que estaba sola... el estado en que dexé á vm... no pensé hallaria en visita.

Isar. Monsieur Johnson es un amigo íntimo de mi hermana: y sus visitas á qualquiera hora vienen bien.

Herby. ¿Cómo?

Emil. ¡Ah! Coronel, no esperaba yo á vm. tan pronto.

Herby. Ya veo que no he venido á muy buena ocasion.

Emil. A no haberse vm. anticipado, hubiera recibido en su casa un recado mio.

Herby. ¿Y para qué, señora?

Emil. Para ahorrarle á vm. la molestia de venir. Me hubiera vm. hecho favor en dexar su visita para

en su vida una pobre criatura mas desfigurada?

Herby. Paciencia, asísteme.

Mat. No puedo negarlo, señora. Esta triste cinta negra en el lugar de un ojo tan hermoso, tan vivo, quita á la fisónomía del Coronel toda el alma, y la expresion que se admira en su retrato: y el desayrado movimiento de esa pierna...

Herby. Señor Capitan, por su propio interés absténgase. Vm., Emilia, ¡ó Dios mio! ¿es posible? ¿debo persuadirme, señora? En otro tiempo estaba tan ciego por vm. y me encantáron de tal suerte sus atractivos, que la suponía un corazon sensible y generoso. Me lisonjeaba yo de que ni la ausencia, ni la distancia, ni los mismos infortunios serian capaces de alterar la constancia de sus sentimientos. ¡Ah! ¡qué insensato era! ¡qué bien me ha engañado vm.!

Emil. En mi vida, Coronel. Solo el pensarlo me sonroja. Miéntras amé á vm., se lo decia; y ahora no será mi corazon ménos ingénuo. Entre nosotros debe romperse enteramente todo trato y amistad; nada es capaz de reconciliarnos: todo se acabó ya.

Isab. ¿Lo entiende vm., Coronel?

Herby. Voto á... ya se acabó todo: ¿pues vm.

puede? ¿vm. se atreve?

Emil. ¿Y por qué no? ¿de qué nace esa extrañeza?

Isab. Vamos, vamos Coronel; confiese vm. que no está vm. ya para querido; pero la vanidad es un flaco de vm.: ella es la que le tiene á vm. un ojo cerrado, y le quita la vista del otro.

Herby. Por vida de... Esto ya es demasiado.

Emil. Despacio, Coronel: no hay que excederse. Conozco que mis discursos no son agradables; pero pese vm. las circunstancias, y hará justicia á mi sinceridad.

Herly. ¡O! yo he de perder el seso. ¿Es vm., Emilia? Este proceder odioso... ¿Sinceridad dice vm.? ¡Ah! esta es disimulacion detestable infernal: sin duda...

Emil. Sosiéguese vm. ¿á qué viene toda esa furia? Si hubiese vm. perdido sus bienes; esto me parecería llevadero. ¿Pero cómo he de poder soportar á vm. en el infeliz estado en que se halla? ¿Quién me podrá recompensar los atractivos de su persona? Póngase vm. en mi lugar; consulte vm. su corazon, y dígame si en igual caso me hubiera permanecido fiel.

Herby. Falsa y pérfida muger: mírelo vm. bien, Emilia; mírelo vm. bien. Vm. va á manchar su

reputacion, y á perder para siempre su felicidad y la mia. Algun dia llorará vm. su inconstancia, y se avergonzará de su infidelidad. Sí, señora: por vida mia que se arrepentirá vm.; pero será tarde... Lo juro por los cielos: se arrepentirá vm. de esta conducta.

Emil. ¡O Dios mio! ¿por qué se empeña vm. en que le diga verdades desagradables? ¿me obligará vm. á explicarme sin rodéos, y aun sin cortesía? Entienda vm., pues, que no le puedo mirar sin horror. Ello es duro, pero es verdadero. Si por un frívolo punto de honor me empeñára en cumplir mis promesas y casarme con vm., jamas llegaría á vencer mi repugnancia y mi aversion. ¡Ah! nuestra union sería la mas violenta y desgraciada... ¿No lo piensa vm. así, Capitan?

Mat. Sí; pero...

Herby. Voto á... ¡Con qué firmeza, con qué audacia persiste en su abominable traicion! Señora, señora... yo me sofoco: el enojo y la rabia me ahogan. Una palabra: y al momento huyo de vm. para siempre.

Emil. Hable vm. quanto guste.

Herby. Responda vm., ingrata; y sea vm. ingénua. ¿Durante mi ausencia, ha recibido vm. los obse-

quios de este caballero?

Emil. Lo confieso, Coronel; bien lo vé vm., todo hablaba en favor suyo: yo no podia oponerle otra cosa mas que nuestras mútuas promesas; mas ahora que la suerte, y el infeliz destino de vm. nos separan á los dos, me parece que puedo corresponder...

Isab. El mudar es cosa divertida.

Mat. Pero en fin, señor Coronel: ¿era esta dama un bien de que vm. podia disponer? ¿Por haberle concedido á vm. una preferencia momentánea, perdió acaso todos sus derechos sobre sí misma? Ahora quiere rocobrar su corazon: es dueña absoluta de su mano, y puede dársela á vm., á mí, á otro qualquiera por cuya felicidad se digne interesarse.

Herby empuñando la espada.

Herby. Caballero, su presencia me incomoda, y sus palabras me ofenden: defiéndase vm. si tiene honor.

Isab. ¿Un desafio aquí, y de esta clase? Capitan, por favor...

Mat. No tiene vm. que detenerme, señora: no soy tan cobarde que consienta en batirme con tanta ventaja. ¿Me habia de servir de mis fuerzas y mi

destreza contra un infeliz que ha perdido la mitad de sí mismo? No: respeto estos restos miserables.

Herby. Sígame vm.. Capitan; que yo satisfaré sus escrúpulos.

Mat. ¡Pobre hombre! me causa compasion.

Herby. ¡Compasion! defiéndase vm. digo, ó por vida de...

Mat. Qué, ¿hemos de reñir delante de estas damas?

Emil. Quita allá, Coronel, quita allá: ese vano furor le asienta á vm. muy mal en el estado en que se halla.

Herby se quita la cinta, y anda naturalmente.

Herby. Ya no puedo sufrir mas. Emilia, ya está vm. desengañada. Míreme vm. bien: vea vm. con vergüenza, con eterna confusion, que soy el mismo que ántes. Reconozca vm. su error, y duélase de perder un amante que la adoraba.

Emil. ¡Qué milagro!

Isab. ¡Qué prodigio!

Mat. ¿Será esto encanto?

Emil. Este hecho sobrenatural, contextado por tres testigos fidedignos, será el artículo mas curioso del diario. Isabel, es menester ponerlo por escrito, y remitirlo al instante.

Isab. ¡Qué piernas tan ágiles!

Emil. ¡Qué ojos tan hermosos!

Mat. ¡Qué cuerpo tan gallardo!

Emil. ¿Pero es posible que unas heridas tan peligrosas, no hayan dexado señal ninguna?

Herby. No señora: gracias al cielo no he experimentado semejantes desgracias; y con todos los dones que de él he recibido, voy á alejarme de vm., á huirla para siempre. Estos ojos fixos é inmobles en otro tiempo sobre sus atractivos de vm., no ven ahora mas que sus defectos, y mirarán á vm. siempre como la muger mas falsa, la mas pérfida, la mas disimulada.

Isab. ¿Pero cómo podia vm. andar con tanto trabajo? no puedo comprehenderlo.

Emil. Una suposicion como ésta...

Herby. Es verdad que he fingido... Pretendia experimentar su ternura de vm. y su fidelidad, y satisfacerme de la solidez de sus virtudes: ahora ya conozco á vm., y toda mi vida me alegraré del suceso de mi estratagema. ¡O Dios mio! ¿quién me diría?...

Emil. Si intentaba vm. perderme, no podia valerse de un medio mas infalible. ¿Pretendía vm. mostrarme su ternura? ¿Qué? ¡despues de una

larga ausencia en la que habia pasado por vm. tan vivas inquietudes, sobresaltos tan crueles, quando á su regreso debia vm. volar á mis pies, venir á llenarme de regocijo, y entregarse enteramente á tán naturales y dulces transportes; concebir dudas, formar proyectos insultantes, y dar entrada á sospechas injuriosas!... Me atrevo á decirlo: la ingenuidad y la nobleza de mi carácter, la conseqüencia de mi conducta debian haber inspirado á vm. más miramiento y confianza.

Herby. ¿Cómo podré vituperarme mis sospechas quando el suceso las ha justificado?

Emil. Y voy á justificarlas ahora mismo, y delante de vm. Entrego mi mano al Capitan Johnson, y declaro á vm. que nada será capaz de romper el lazo que va á unir nuestros corazones.

Herby. ¡Dar vm. su mano!... Pero vm. puede provocarme, insultarme: su sexô de vm. la pone á cubierto de mi venganza. Por lo que hace al señor Capitan, ya nos verémos.

Mat. Quando vm. guste.

Emil. Ya nada tiene vm. que decirme: suplíco á vm. que se retire.

Herby. Sí, señora, me iré. Permita Dios, que si...

Ya la dexo á vm., y para no volverla á ver en mi vida: lo juro por el cielo y por la tierra... jamas; en mi vida: á Dios.

SCENA ULTIMA.

Belford y dichos.

Herby al irse se encuentra con Belford.

Belf. ¿A dónde vas, d' Herby?

Herb. Déxame huir.

Belf. Parece que estás furioso. ¿De qué nace este desórden y confusion? ¿No podré yo restablecer entre vms. la buena armonía?

El Mayor se ha ido adelantando al paso que habla con d' Herby; Matilde repara en él ahora, y dice:

Mat. ¿Qué oigo? ¿Qué veo? ¿El Mayor Belford? ¡O Dios mio!

Belf. Este eco de voz... ¿Pero qué? ¿En este trage? ¿Seré yo tan dichoso? ¡O Dios mio! Ella es. ¡Mi querida Matilde! ¡Ah d' Herby! Señoras, amigo; todos somos ya dichosos. ¡O mi querida esposa!

Mat. ¡Ah Belford!

Isab. ¿Qué? ¿es el Mayor á quien vm. amaba?

Herby. ¿Este Oficial es la dama de Bela-isla?

Belf. ¿Qué felicidad te ha traído aquí, mi adorada Matilde?

Emil. Mi hermano nos la ha recomendado.

Mat. Tengo una larga historia que referir á vm.

Belf. Y yo las mas agradables noticias que comunicarte. Tu padre, inconsolable por tu fuga, me ruega que te busque, y consiente en nuestra union. ¡Ah d' Herby! soy el hombre mas dichoso.

Herby. Y yo el mas miserable menguado.

Belf. Prattle te ha descubierto: ahora acaba de decírmelo.

Herby. Ya no me admiro de la conducta de Emilia. Belford, soy perdido: tú tenias razon. Soy un necio, un extravagante: he ofendido á mi querida Emilia: me he hecho culpable á sus ojos, y ridículo á los mios.

Belford á Emilia.

Belf. Ya lo oye vm., señora: yo no he sido su cómplice: siempre le he dicho que su delicadeza era una extravagancia. Pero permítame vm. que interceda por él: Matilde, une tus ruegos con los mios. Déxese vm. mover, señorita: con-

cédanos vm. su perdon.

Emil. ¿Cree vm. que lo merece, Mayor?

Belf. Por lo que hace á eso, es menester confesar... En fin, señora, en su bondad de vm. consiste toda nuestra esperanza.

Mat. Sus ojos baxos, su semblante tímido y melancólico... Mírele vm., señora: él le ama á vm., y está arrepentido.

Emil. Concebir una desconfianza tan baxa, burlarse de mi ternura y de mis penas, arrancarme lágrimas tan amargas... ¡Ah! ¿d' Herby, cómo ha podido vm?...

Herby. Soy un monstruo á mis propios ojos: merezco toda la indignacion de vm.: lléneme vm. de baldones; pero no me quite la esperanza de un generoso perdon.

Belf. Vamos, señora: mírele vm. con piedad; perdon, perdon para el pobre d' Herby.

Mat. Señora, merézcale yo á vm. esta gracia.

Emil. ¿Isabel, no te parece que lo hemos castigado bastante? ¿Me aconsejas que dé gusto á nuestros amigos?

Herby. ¡Adorable Emilia!

Isab. Es demasiado buena.

Herby. ¡Ah! Señora, yo consagraré toda mi vida á

hacerla olvidar esta ofensa. Belford, amigo mio, sea enhorabuena: despues de haberme portado tan mal con esta señora, ¿me atreveré?...

Mat. No era yo un rival muy temible; pero le hice á vm. temer: ¿no es verdad?

Belf. Olvídese ya todo. Pues estamos convenidos en los preeliminares, no tardémos en ratificar el tratado: harto felices somos los dos; yo en haber hallado á mi querida, y tú en no haber perdido la tuya.

Herby. Tienes razon, amigo. La alegría me vuelve la vida. ¡Oxalá que todos los valientes defensores del Estado tuviesen tan buenos quarteles de invierno!

FIN.